

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Un programa anarco-sindicalista

Es innegable que vivimos en una época de profundas transformaciones. Pero también es indiscutible que la manía innovacionista — que no siempre significa renovación de valores ideológicos — se apodera de los hombres de vanguardia y esteriliza sus mejores energías. ¿No hemos visto en los últimos años cómo se operaba un cambio completo de frente en organizaciones proletarias que fueron siempre una garantía de entereza y de consecuencia con los principios anarquistas?

Para disfrazar la impotencia de una masa acostumbrada a ver en la revolución el botín de fáciles saques y el triunfo efímero que puedan dar las barricadas, se recurre a los programas reconstructivos, a las grandes organizaciones mastodónticas y a los complicados planes estratégicos... trazados sobre la hipótesis de hechos que están más allá de la revolución aún no comenzada. Y ese delirio loco por encontrar la amenaza salvadora, por dar con el ombligo de una cuestión apenas comprendida, y por revelar al mundo quién sabe qué ocultos misterios... ha hecho presa en los hombres más activos y conscientes, que debieran ser por eso mismo la fuerza espiritual que impidiera el avance de la reacción materialista.

El deseo de hacer la revolución — la más fácil, la más inmediata, la que ofrezca un seguro yantar a la masa esclava del estómago —; el apuro por vencer a la burguesía para legislar el futuro con materiales tomados en préstamo al Estado; ese afán de someter a un método dinámico — tanto en el pensamiento como en la acción — las energías populares, las fuerzas que ofrecen alguna resistencia a las instituciones creadas, ha hecho que muchos dirigentes se entregaran al ciego furor despertado por la guerra, creyendo que en esas explosiones violentas está la salvación del proletariado.

Todo lo que sacó a la superficie la guerra capitalista, se quiere emplear como elemento reconstructivo de una sociedad nueva. Y es el mismo método guerrero empleado por la burguesía para destrozar a los pueblos, el que adoptan los revolucionarios de esta hora para conducir al proletariado a la conquista del poder. ¿Creéis que esos jefes de sediciones y de revueltas populacheras estudian, tienen en cuenta las condiciones intelectuales de los pueblos, el relajamiento moral que desmoraliza a las masas obreras y la impotencia de los movimientos subversivos que tienen su fatal epílogo en el triunfo de una nueva camarilla gobernante?

Si el movimiento de ideas en cada país debemos juzgarlo a través de las manifestaciones, subversivas de la masa obrera y de las orientaciones que a esos gestos de rebeldía dan los dirigentes más prestigiosos, debemos confesar que la crisis ideológica es total, principalmente en Europa. Tomemos al azar una manifestación cualquiera que nos pueda dar la medida de la capacidad intelectual de los hombres que están al frente de un movimiento de masas.

al "directorio" militar implantado en España con un golpe cuartelero.

Estudemos una curiosa y típica derivación de ese sindicalismo estatista. En España apareció la plaga dictatorial que se cubre con el manto anarquista mucho antes de que en la Argentina se desarrollara la influencia bolchevique en el movimiento obrero. Y esa tendencia anarco-sindicalista, oficializada por los jefes de la Confederación Nacional del Trabajo, es la que mató los res-

de espíritu compatible con el actual ambiente revolucionario de España.

En el exordio del programa que vamos a comentar, se dice que la agrupación anarco-sindicalista proyectada — Unión Sindicalista de España — "observando a través de la Historia del movimiento obrero, nota que a la Escuela Anarquista (con mayúsculas) le falta trazar un plan arquitectónico que sintetice sus aspiraciones en lo que concierne a la preparación de un movimiento revolucionario, tanto en el momento de la ejecución como en su previsión para después del triunfo".

Para dar realidad a ese atrevido metejón, los anarco-sindicalistas que busean un programa de futuro, dicen:

"Nuestro sistema económico es en verdad pobre en definición, si hemos de tener en cuenta las necesidades de los tiempos. Nuestro concepto de la libertad absoluta no puede ser aplicado a la sociedad en el momento de vencer a la burguesía en la lucha revolucionaria; nuestro sistema económico, basado en el grupo de afinidad, concebido este sistema en divagaciones imaginativas, no puede dar satisfacción a las necesidades de los tiempos; preciso es convencerse de que la Anarquía no podrá ser vivida al día siguiente de una revuelta proletaria; los efectos mórbidos heredados del régimen capitalista, sujetarán algún tiempo a la Humanidad en sus mallas; la Anarquía, más que de una revolución, será producto de una educación post-revolucionaria; pero nosotros no tenemos bases para afianzar esa revolución, y si para levantar un edificio en determinadas condiciones se necesita un plano arquitectónico, no cabe duda que para el moderno edificio social se precisan unas bases concienzudamente elaboradas, y en ninguno de los comicios del movimiento anarquista se tomaron prevenciones con este fin".

Los que se esfuerzan en España por encontrar las bases de la sociedad nueva — la que reemplazará al régimen burgués —, dicen: "Precisamos saber constituir un Estado donde la propiedad privada no tenga asiento; precisamos saber sostener este Estado aún a trueque de la dictadura y la restricción necesaria, si los movimientos del enemigo así lo demandan".

Con esa declaratoria estatal — ¡ah, la paradoja del Estado sin propiedad privada y del anarquismo que rinde culto a la autoridad! — los programistas de la futura revolución española (de seguro que no se esperaba el cuartelazo de Primo de Rivera), pretenden reunir en un partido a los anarquistas y sindicalistas, y también a los comunistas descontentos con la acción electoral de su partido, para disputar el turno a los actuales grupos políticos de España y asumir las funciones del gobierno revolucionario. Por eso adelantan las bases políticas y económicas de su programa y cifran su éxito en este curioso sistema de centralización:

"Habrá una Comisión General de Estadística o Comisariado Central, que se encargará de anar todas las fuerzas para

GOBIERNO DE FUERZA



¿Se podrá sostener?

Radiquemos nuestra atención, en el caos presente, al movimiento sindicalista de España, que es uno de los que nos ofreció más exponentes subversivos y hasta más conciencia de clase...

Las orientaciones actuales de la Confederación Nacional del Trabajo, son la más rotunda negación de la ideología anarquista. Sus jefes estaban empeñados en crear los medios políticos y económicos necesarios — la estructura gubernamental exigida por los tiempos — para transferir a los sindicatos obreros en órganos del Estado sucesor que habría de "nacer" al día siguiente de la revolución. Y esa obsesante quimera del poder mató las mejores energías en el proletariado español y lo condujo al estado de impotencia en que hoy se encuentra frente

tos del movimiento anarquista, hoy influenciado por los llamados libertarios que comulgan con la dictadura y el Estado provisorios y tienen todo un programa político-económico para suplantarlo al capitalismo después de la revolución victoriosa.

"Solidaridad Obrera" de Barcelona, publicó hace poco un llamado a los anarquistas y sindicalistas de España. Se trata de una proposición tendiente a crear una especie de partido anarco-sindicalista, con programa gubernamental a realizarse en la próxima revolución. Y aun cuando la redacción del órgano sindicalista manifiesta que no se solidariza con los proponentes de ese beldio anarco-dictatorial, es bueno que lo comentemos, pues es innegable que las ideas expuestas en el referido programa interpretan un estado

defender y engrandecer la República. Esta Comisión será previamente designada por las entidades de la Unión Sindicalista, entre lo más selecto de sus miembros, y en tanto dure el período de lucha armada contra los privilegiados, esta Comisión tendrá poderes supremos.

Y, como no podía ser de otro modo, para defender los dictados de esa comisión general, o comisariato, se creará un ejército rojo reclutado y organizado según el método burgués. Y ese será también "provisorio", como el Estado sindicalista.

Las funciones del sindicato seguirán siendo, después de la revolución, idénticas a las que hoy ejercen esos órganos de lucha contra el capitalismo. Pero lo colosal de ese "programa" está en los considerandos de la organización de los instrumentos de trabajo y de los órganos de distribución. Veamos:

"En el nuevo régimen, el único patrono será el Estado, y este Estado tendrá su representación en la Comisión Central de Estadística o Comisariato Central, y en sus auxiliares las comisiones locales y regionales:

"a) Proporcionalmente al número de habitantes se dará impulso a la producción en condiciones de que, a ser posible, haya un sobrante de cosechas, vestuario y viviendas.

"b) En proporción a la densidad de población, se procederá al abastecimiento de los almacenes generales con los productos necesarios al cotidiano vivir.

"c) El Estado se hará cargo de hoteles, balnearios, con objeto de organizar por su cuenta todos estos servicios en combinación con las organizaciones sindicales que estén afectadas.

"d) Organizará el Comisariato casas de maternidad dotadas de lo necesario para

las atenciones de maternidad y subsistencia de los menores, así como asilos para los impedidos por edad o padecimiento.

"Todos" estos establecimientos serán abastecidos en sus almacenes de idéntica forma que los almacenes generales.

"e) Los almacenes generales serán constantemente visitados por las Comisiones de Estadística, auxiliadas por los Sindicatos.

"Cada trabajador percibirá diariamente un vale que acredite los días que haya trabajado, cuyo vale será proporcional en valor económico a las necesidades de él y de su familia.

"f) Estos vales caducan al año, y servirán únicamente para abastecerse de las cosas necesarias a la vida".

Todas estas enormidades y otras más gordas, se dicen en nombre de las ideas anarquistas y de los principios del sindicalismo revolucionario. Y en España se publican sin que los anarquistas salgan por los fueros del ideal, denunciando a esos falsos apóstoles de la revolución como los peores y más funestos enemigos de la libertad y de la emancipación del proletariado.

Podríamos abundar en comentarios respecto a ese vicio del programismo revolucionario. Pero por hoy dejamos constancia de lo transcrita, agregado que ese anarco-sindicalismo que se estila por ahí es una derivación de las teorías marxistas, con su culto al Estado y a la autoridad, y como tendencia representa la negación de las ideas anarquistas en lo que tienen de justas, de humanas y de igualitarias.

¡Pobre anarquismo de esos anarquistas de dictadura!

tomas la pelota y le das varios brochazos de bermellón ¿qué resultado obtienes? El deporte rojo, la patada patriótica y tilinga convertida al comunismo.

Y así en todos los órdenes de la actividad humana.

Ya te digo, el "comunismo" importado de Rusia es un tacho con bermellón y una brecha gorda.

Dictaduras

"El que quiera comer, que trabaje".

¿SI? Pero esto es lo que nos sucede desde que empezamos a caminar sobre el mundo, al menos a los que descendemos de la casta laboriosa, a los herederos de esos gigantes que han levantado con sus manos todo lo que se vé sobre la tierra como obra del hombre. Siempre, desde más allá de nuestros tatarabuelos, los mandones nos han aplicado esa dictadura — trabajar para comer —; siempre ha estado pendiente sobre la cabeza de los hijos del trabajo esa guillotina, que es el deber de trabajar para tener el derecho de comer. ¡SI desde que existe el capitalismo estamos condenados al trabajo forzado y forzoso!

No nos han traído, pues, nada nuevo los actuales partidarios de la dictadura. ¡Que no se crean inventores de la infamia, porque apenas son sus continuadores!

Se nos dirá que esta dictadura es aplicada por los que han trabajado siempre contra los que no trabajan nunca. Pero no, ni aun esta virtud tiene, ni la puede tener. La dictadura contra unos cuantos burgueses y parásitos cae también, y con la misma ferocidad que antes, sobre la gran falange de los productores. Estos continúan aplastados por la secular condena, encadenados al trabajo forzado y forzoso.

¿Qué le puede importar al trabajador consciente que la minoría parasitaria venga a quedar sometida al yugo del trabajo, si él no ha conseguido emanciparse de ese yugo ignominioso?

Solamente los espíritus lamentablemente estrechos, las almas empedregadas donde no ha quedado más que odio, pueden conformarse con esa dictadura, que no es más que un cambio de tiranos sin que para los esclavos varíe la situación.

¡Todavía el frente único!

En el número 7 de "La Revista Blanca", y en las primeras páginas como se hace con las colaboraciones de preferencia, un tal Ramón Martínez dice cosas tan interesantes para el anarquismo como las siguientes:

"Se trata, además, de buscar un punto de unión de todos los trabajadores contra todos los burgueses. Porque por muy mal que lo hagan los socialistas y los comunistas, lo hacen peor los capitalistas" (suponemos que se refiere a gobernar).

Y no creemos necesario seguir copiando para que el menos experto se dé cuenta de que lo que busca el articulista es el "frente único" tan cacareado en todas partes y en todos los tonos por los bolcheviantes y dictadores de allá y de acá. Para que no falte nada, también trae el conocido argumento, que a fuerza de usarlo aparece gastado como un zapato de pordiosero:

"Pues bien, si la reacción se organiza contra todos los socialistas y contra todos los internacionalistas, ¿por qué nosotros, guardando cada cual sus principios, no hemos de organizarnos y unirnos contra la reacción".

Nosotros hemos gastado mucha tinta y mucha saliva para rebatir ese pobre argumento del frente único proletario. Ya se sabe perfectamente cuál es nuestro criterio respecto a ese espantajo que los oportunistas quieren oponer a los zarpazos de la reacción. De modo que nos ahorramos argumentar una nueva vez. Además el tal Martínez sale a la palestra, en España, con argumentos refutados de antemano.

¿Acaso el frente único no ha fracasado ya en todas partes?

Por lo visto, los que editan la "Revista Blanca" están ayunos de lo que sucede en el mundo. De otro modo no se explica que se hayan tragado semejante "fiambre".

El registro civil

La Iglesia católica, sabiéndose impotente para luchar con el ambiente liberal de nuestra época, ha tiempo que transfirió algunos de sus poderes al Registro Civil. El casamiento y el "cristianamiento" son civiles en el siglo XX. Han cambiado de forma, de forma nada más. El Registro Civil es la Iglesia reformada; con menos aparato religioso que la católica, pero con más poderes, con mucha más fuerza y más influencia sobre el pueblo.

Y no podría ser de otro modo — ya hemos dicho que la iglesia de los frailes le transfirió sus poderes.

¿Qué objeto tiene, para el Estado, el matrimonio, civil o religioso? El que aumenta la carne de cañón y la carne de explotación. Al Estado no le interesa otra cosa, no quiere cosa mejor del matrimonio. Y el "cristianamiento" o registro de los que nacen, qué objeto tiene para ese dios moderno? El tener la cuenta de su "ganado", clasificarlo y calificarlo, para echar mano de él cuando lo necesite y lo que necesite.

El Registro ha logrado para el Estado lo que a la Iglesia no le era posible: reunir el archivo más exacto de la población nacional.

¿Acaso no corren también ciertos anarquistas a poner bajo la tutela del Estado a sus hijos?

¿Acaso en los libros de la iglesia laica no se registran nombres como Libertario, Anarquía, etc.?

¿Acaso también no se casan por el civil, como cualquier socialista o demócrata, muchos anarquistas? ¿No hincan, acaso, su rodilla rebelde e inclinan su frente revolucionaria ante el altar del dios moderno, que les entrega en propiedad la mujer que aman?...

Quienes no entrarían a la iglesia católica ni a remolque, van, sin embargo, sin ningún remordimiento idealista, y ponen al servicio del dios Estado el candor de su noviecita o la rosada inocencia de su hijito. ¡La iglesia moderna está bien apuntalada!

El Estado y la Iglesia son dos buenos camaradas, dos instrumentos formidables con que se defiende el capitalismo. En este punto estamos de acuerdo todos los que luchamos contra esos monstruos.

Pero, ¿y entonces?

LA EDITORIAL "LA PROTESTA" ha editado y puesto en venta el importante opúsculo de Luis Fabiani: **CARTAS A UNA MUJER**, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, \$ 0,50

NOTAS

El alma de Buenos Aires

La gran urbe americana tiene un alma, como la tienen París y Londres, Pekín y Roma; un alma arrabalera, compadre y maleva; un alma sucia como las aguas del Riachuelo, como los conventillos y como las conciencias de los almaceneros; un alma maloliente como los figones de la Boca o las borracheras de los suburbios; un alma depravada como las *giranlas* de sus calles céntricas, como los representantes del pueblo o como los autores teatrales que triunfan en los tabladillos porteños.

La población de la capital se educa en los comités políticos, en los garitos, cabarets, cines y canchas de football. Ahí se forma la mentalidad de la población que veis los días domingos salir en todas direcciones en busca de esparcimiento en las canchas de football; de esa población que veis asaltar tranvías y trenes para viajar apenuscada, como vive en los conventillos, hacia los lugares de folgorio, gritando, berreando y aullando sin respetar a nadie, ni siquiera al sentido común. El alma de Buenos Aires se expande los domingos llenando todos los ámbitos, como las emanaciones fétidas del Riachuelo, como las pestilencias de los conventillos; se vuelca en depravaciones, como si las *giranlas* se hubiesen hecho dueñas de la calle; ahulla, vocifera y castiga con la frase insolente, como si se empeñase en dar más mal olor, en presentarse más sucia aun, en llegar al máximo de la depravación.

¡Ah! El alma de Buenos Aires no vuela sobre el bosque de Palermo, ni gusta echarse al río para limpiar el plumaje de sus alas; se ataca como una isoca sobre

las polvorientas calles, cuando más se trepa en los tranvías o en los coches ferroviarios, y allí canta su aburrimiento, boesteza su alegría degenerada o ahulla su depravación.

El alma de Buenos Aires es el tango.

¿Qué es el comunismo?

—Y a fin de cuentas, ¿qué es lo que debemos entender por comunismo?

—Te refieres a esa palabra en boga, que atraviesa varias veces al día el océano para decirnos lo que hace o deja de hacer el gobierno ruso, lo que han hecho o intentado hacer algunos revolucionarios en tal o cual país; a esa palabra que circula en las columnas de todos los diarios del mundo para designar cualquier paso que den los anarquistas u otros elementos avanzados?

—Eso es. Se habla tanto de comunismo y se les llama comunistas a tantas gentes, que uno llega a confundirse.

—Pues mira, compañero: para que no puedas equivocarte respecto a lo que significa comunismo, entiendo por tal a todo lo que tenga color rojo. Todo lo que tenga este color puedes estar seguro que es comunista, cuanto más subido mejor.

El comunismo importado de Rusia es eso, una cuestión de colores, un tacho con bermellón y una brocha. Tomas un soldado de esos que fusilaron y quemaron a los trabajadores de la Patagonia, lo pintas con minio, haciendo lo mismo con su máuser asesino, y ya tienes, listo para entrar en funciones "revolucionarias", un soldado rojo, un "comunista probado". Entra luego a una cancha de football y regalas un traje punzó a cada tonto de esos que tiran patadas, enseguida

EL ANARQUISMO Y EL DERECHO DE LAS MINORIAS

Hay adversarios y también algunos secuaces del anarquismo que ven cierta contradicción entre la acción anarquista en el seno de las organizaciones obreras y la doctrina de la anarquía, según la cual ni mayorías ni minorías tendrían derecho de imponer, las unas a las otras, su poder y su línea de conducta.

Ellos advierten una especie de inconciliabilidad entre la negación de toda coerción y sumisión individual y colectiva, y el hecho de que en todas las organizaciones obreras se toman decisiones por mayoría de votos: esto aparece a sus ojos como una rotura de la coherencia anarquista.

Hay que dejar sentado que la cuestión de las relaciones entre mayorías y minorías en las colectividades sociales es considerada diversamente, según que se mire desde el punto de vista de la sociedad reorganizada libertariamente, o desde el punto de vista de las necesidades de la sociedad monopolista y autoritaria en que vivimos. Además la cuestión es diversa, aun dentro de la órbita de la sociedad actual, según que el disenso, que divide una colectividad en mayorías y minorías, es un disenso fundamental, de principios, sobre el fin que se quiere alcanzar o sobre lo que se cree honesto o deshonesto; o también, es un disenso entre gente unida por un mismo sentimiento, guiada por un mismo programa ideal y proponiéndose los mismos fines, dividida solamente sobre modalidades prácticas y de detalle, sobre las que mayoría y minoría tienen un común interés de acuerdo en vista del objetivo social a alcanzar.

Pongamos un ejemplo. Hay, entre los anarquistas, algunos que son adversarios de la organización, de los congresos, de los programas preestablecidos, etc. A mí parecer, están equivocados, pero su opinión es respetabilísima; y la mayoría de los anarquistas que piensan de modo diverso no tienen derecho a imponer a los otros sus criterios de organización y de lucha. Pero ya que se trata de un disenso fundamental, que en la práctica involucra toda la orientación del movimiento anarquista, no hay posibilidad de acuerdo sobre este asunto. Si los anarquistas organizados deciden hacer un congreso, no llamarán a los adversarios de la organización, y mucho menos podrían pretender que los desorganizados se adhieran y siguiesen sus resoluciones.

Pero si el disenso nace entre los mismos anarquistas organizados sobre una simple modalidad práctica, por ejemplo, sobre la fecha o localidad del congreso, si el congreso se debe hacer y todos quieren que se haga, será necesario que algunos se avengan, para la localidad o la fecha, a seguir el parecer de los otros: es decir, que en la mayor parte de los casos será la mayoría quien tomará la decisión definitiva, y la minoría se adherirá voluntariamente.

En línea de principio, el hecho de estar en mayoría no significa tener razón. En el mundo científico y filosófico muy a menudo la razón está de parte de las minorías, aunque sean pequeñísimas. Galileo tenía razón, a pesar de que fuese casi el único que sostenía que la tierra gira alrededor del sol y no al contrario. La paradoja de que las mayorías se equivocan siempre, contiene mucha más verdad de lo que se cree, particularmente en el campo intelectual. Todas las verdades nuevas, todos los descubrimientos científicos, todos los ordenamientos ideológicos, antes de afirmarse, antes de ser aceptados por los más, son patrimonio de individuos solos, de reducidísimas minorías. Las mayorías son, por naturaleza, torpes, se adaptan al ambiente, están prevenidas contra lo nuevo, y lo aceptan sólo cuando la audacia revolucionaria de las minorías lo ha impuesto con los hechos.

Lo mismo sucede en el campo social y político. Las revoluciones son siempre fruto de las minorías, (intérpretes de las

necesidades y tendencias de las mayorías, pero independientes de ellas), cuya audacia fuerza las puertas de la historia, crea nuevas condiciones de ambiente, y entonces las mayorías las aprovechan, se amoldan al hecho cumplido y se alegran del suceso. Entonces los partidarios del pasado se convierten en minoría a su vez. La mayoría, en cambio, pasa a los vencidos, y frente a ellos y contra ellos se forman nuevas minorías más atrevidas, que prosiguen la marcha avanzando hacia nuevas revoluciones y hacia un mayor progreso.

Por consiguiente, no tienen razón los que legitiman las iniquidades presentes diciendo que ellas tienen el consentimiento de las mayorías.

Si todo esto tiene un valor indiscutible en lo que respecta al movimiento social humano y al movimiento de las ideas, tomados en su conjunto, tiene, empero, un valor relativo cuando la cuestión es llevada al terreno práctico de la lucha revolucionaria y se refiere a la organización de una sociedad libertaria.

Muchos nos objetan que en las organizaciones anarquistas y en la anarquía no siempre podrán estar todos de acuerdo; surgirán — se dice — disidencias. ¿Cómo resolverlas, si los anarquistas no admiten coacción o "sumisión" de mayorías ni de minorías?

Es bueno advertir que si en una sociedad o en una organización libertaria habrá divisiones, éstas no tendrán nunca el carácter áspero e irreconciliable común a todas las disensiones en el seno de la sociedad burguesa. Hecho norma común el principio de solidaridad, no sucederá ya lo que hoy, que la más leve discrepancia de ideas llegue a ser señal de guerra feroz y desleal, y que el barniz de una diferencia de palabras disfraza el choque de intereses inconcesables. Es preciso tener en cuenta que el exceso violento y malo es originado hoy por todo un sistema de cosas que hace al hombre lobo del hombre, según la expresión de Hobbes.

Ciertamente, también en la anarquía habrá desacuerdos, y hasta sería malo que no los hubiera, porque la unanimidad a menudo no es más que la quietud del pantano en el que todo se pudre; habrá desacuerdos sobre el modo de hacer ciertos trabajos, sobre la conveniencia de hacerlos o no hacerlos, sobre los medios a emplear, sobre el lugar, las personas, etc. Hablo siempre de disensos en el terreno práctico, se entiende, y no de los de carácter ideológico y doctrinario, porque en el campo de la especulación abstracta la libertad más ilimitada nunca será un mal ni un obstáculo al bien.

Y bien, una de dos: O la gente estará dividida porque algunos querrán que una determinada cosa se haga, y otros no; y entonces, cuando se haya discutido un poco, cada uno hará a su modo. Quiere decir que si cuantos quieren hacer una determinada cosa están en número suficiente para hacerla, aunque sean minoría, lo harán; y si no alcanzan, esperarán para hacerla hasta que hayan convencido a un número suficiente de personas — poniéndose, de todos modos, de acuerdo con los otros para hacer que su obra no perjudique a los vecinos. O sino, todos estarán de acuerdo sobre la necesidad de lo que hay que hacer, y sólo disentirán sobre cómo, dónde y cuándo se hará; y entonces los que por sí solos no podrían hacer nada, por interés propio y por solidaridad escogerán el menor mal: y entre no hacer esa determinada cosa, que también a ellos les es necesaria, y hacerla un poco diferente de como pensaban, optarán por hacerla como sea posible de acuerdo con los otros.

¿Pero — se nos podría objetar — si en el primer caso la mayoría quisiese impedir a la minoría hacer a su modo, o si la minoría dañase el interés de la mayoría? ¿Si en el segundo caso, mayoría y minoría no quisiesen ponerse de acuerdo de algún modo? Entonces, como bien respon-

dia Malatesta en una polémica de muchos años atrás, quiere decir que la gente sería aun inconsciente, y la anarquía no sería posible. Pero nuestra propaganda, y en general la instrucción y la educación, tienden a hacer conscientes a los hombres. Y luego, ¿no es preferible creer que unos hombres, solo por despecho o por un capricho, quieran hacer mal a los otros, mal que redundaría después, en definitiva, en un mal mayor para sí mismos? ¿Por qué no habrán de ponerse de acuerdo, si faltará la gran causa del desacuerdo que es la desigualdad?

En todos los casos, el daño producido por algún error o algún inconveniente será momentáneo, no siendo posible que en la anarquía el error sea hecho permanente legalizándolo; y este daño no será nunca tan relevante ni comparable al de los sistemas autoritarios actuales, basados a veces en la opresión de las minorías y más a menudo en la de las mayorías. Lo importante es que ni los unos ni los otros tengan el medio de sofocar la opinión adversaria, y de lesionar la libertad ajena; ya que si no es siempre cierto que las mayorías se equivocan siempre, es mucho menos cierto que estén siempre equivocadas las minorías.

La sociedad futura tendrá por base la tolerancia recíproca y la solidaridad: educados en tal moral, los hombres, a quienes la necesidad económica y la prepotencia política no obligarán ya a devorarse unos a otros, podrán vivir, unidos en un mutuo y libre pacto, verdaderamente libres.

Lo que he dicho en tesis general y respecto de una sociedad futura libertaria, es también cierto en lo que concierne a la organización obrera, constituida hoy para la lucha contra la burguesía. No se debe olvidar que los anarquistas comprenden la organización obrera en un sentido libertario, en la cual la ausencia de métodos autoritarios permita el libre desarrollo de las energías individuales y de los grupos, contra todo sistema de concentración.

Las minorías tienen frecuentemente razón cuando se separan de las mayorías en el terreno político, por las ideas en cuyo nombre combaten. Por lo demás, el mismo proletariado organizado es hoy una minoría en comparación con el proletariado desorganizado y amorfo, que probablemente permanecerá así hasta el triunfo de la revolución. Sin embargo, frente a este último, tiene razón el que ha sabido elevarse a una conciencia superior y ha sabido organizarse. Y sería absurdo que, como pretendían los conservadores, en homenaje a la amorfa mayoría de las masas, la minoría más consciente del proletariado se adaptase sin rebelión a las infamias del régimen burgués.

Pero cuando la división entre las mayorías y las minorías no se produce ya en

el campo de las ideas sociales y políticas, sino en el terreno práctico; es decir, cuando el desacuerdo surge en medio de una colectividad que tiene ya común el punto de partida ideal, que tiene que alcanzar los mismos fines, combatir a los mismos enemigos, sostener la misma lucha, entonces la cosa cambia de aspecto.

El proletariado organizado para un fin revolucionario contra el capitalismo, concorde en el fin de llegar a la expropiación, a la toma del capital social para emplearlo en provecho de todos, es como un ejército que tiene necesidad de cierta disciplina moral y material frente al enemigo. Quien no esté de acuerdo en esto, puede pasarse al enemigo; pero quien está de acuerdo, debe convenir en la necesidad de una relativa unidad de acción y de movimiento en la lucha.

Los anarquistas son los primeros que convienen en ello, y no podría ser de otro modo. Hay una necesidad de hecho que los impulsa, y hay también un concepto teórico suyo que justifica la acción. Lo que he dicho más arriba sobre los disensos que pueden nacer en el seno de una sociedad anarquista, viene al pelo también para lo que se refiere a los disensos que pueden nacer, y nacen en realidad, en el seno de las organizaciones obreras. Incliniéndose ante esta ley de necesidad, en la lucha, los anarquistas no hacen un desgarramiento oportunista de sus convicciones, sino que aplican simplemente estas convicciones a la práctica de las luchas obreras.

Los anarquistas están convencidos, en efecto, de que la libertad no es posible si no se basa en el libre acuerdo y en el mutuo apoyo, en la tolerancia recíproca y las recíprocas concesiones, libremente consentidas, en vista de un fin común. Lo importante para nosotros es que no haya autoridad impuesta por la fuerza. En la organización obrera, como en una futura sociedad anarquista, el acuerdo brota, según la expresión de Bakunin, de un cambio continuo de subordinaciones mutuas, temporales y sobre todo voluntarias.

De otro modo no es concebible un régimen o una asociación de solidaridad. Sin la solidaridad, sin la disposición razonada y voluntaria al acuerdo recíproco, a la mutua tolerancia, a las concesiones y a las adaptaciones libremente consentidas no es posible una sociedad libertaria; es decir, no habrá otro derecho que el del más fuerte, que impondrá a los otros su dominio político y económico, y su gobierno y su sistema de explotación.

Luigi Fabbrì



—¿Por qué no cantas, compañero?
—Pienso en los ahorcados de Chicago, en los asesinados en la Patagonia, en los miles y miles de mártires ignorados...

Literatura-Arte-Ciencia

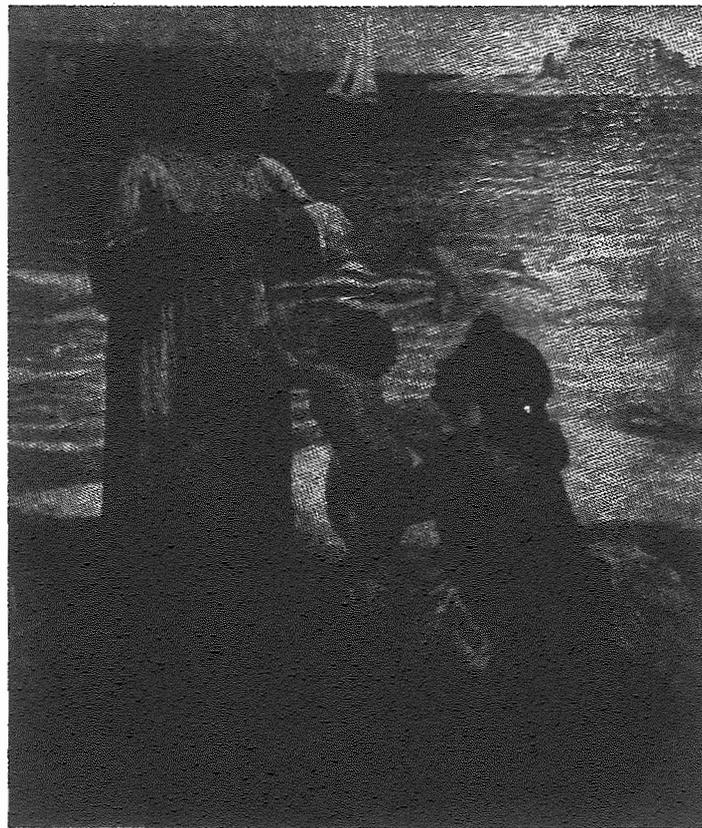
La superstición del talento

Decididamente la pintura es algo que debe ser superado. Porque muchos críticos la han confundido con la literatura no apreciando en un cuadro sino las intenciones del objeto escrito, o el mayor o menor parecido entre el objeto pintado y el objeto representado, los pintores se han rebelado, y con cuánta razón!, contra la pintura literaria y contra las soberbias naturalistas. Sin embargo no es necesario llegar hasta exaltar únicamente las cualidades materiales de la obra de arte despreciando las cualidades del hombre que la utiliza para expresarse. El artista es él mismo su verdadero asunto. Restringir el arte a la traducción de la sensación de un momento, es, bajo pretexto de sinceridad, una forma de abdicación personal, tan mala como la que consiste en narrar fragmente una anécdota o parafrasear un asunto literario. No buscar con la pintura, como se tiende ahora de más en más, sino el placer sensual de los ojos, no quererla sino decorativa, es ignorar la parte que toma el alma humana en las satisfacciones estéticas, es hacer psicología simplista, someter una de las más complejas operaciones del espíritu a inexactas categorías. ¿Qué importan en una obra de arte la verdad o la fantasía, el asunto literario o la ausencia del asunto, si no se encuentra viviente en ella una emoción de hombre? Hay demasiadas pinturas que no tienen alma. A fuerza de pretender ser personales, libertados de toda influencia, los jóvenes artistas han llegado a enorgullecerse de las menores singularidades de su técnica improvisada. Su ambición es la de ser únicamente pintores y no deber su superioridad sino a las dificultades técnicas vencidas. Es a esto que Remy de Gourmont llama *la superstición del talento*. La ausencia de toda técnica tradicional, de todo *oficio* enseñado, corresponde entre los jóvenes pintores a una especie de virtuosidad anárquica que destruye, queriéndola exajerar, la frescura de la expresión individual.

Esto puede verse bien en el Salón de los independientes. Las telas con asuntos literarios son raras, en cambio abundan las investigaciones teóricas y técnicas: el esfuerzo de *pintura pura* es considerable y notablemente variado. ¿Quiere esto decir que los resultados son mejores? No basta querer ser pintor puro para serlo superiormente. El ejemplo de Cézanne o de un Vuillard no destruye mi opinión. Porque si bien es cierto que ellos no sacaban sino de los recursos de su propio arte los elementos con los cuales nos conmueven, es necesario tener en cuenta cuál es el aporte de su sensibilidad de hombres; con qué pasión se esfuerzan en buscar a los espectáculos de la naturaleza equivalentes exquisitos o suntuosos; con qué fervor se dedican a no dar de la naturaleza sino el admirable reflejo que encuentran en sí mismos.

El delicado, noble artista Julio Flaminio, y Carlos Guérin, cuyo talento es al mismo tiempo ponderado y romántico, no se dejan dominar demasiado por preocupaciones abstractas de factura y de

métodos? La rara comprensión que tienen de su poética no compromete más bien que ayudar a la expresión de su sensibilidad? Matisse, que sabemos maravillosamente dotado para percibir y dar simplemente las bellezas de la Naturaleza, no hace sino traducir esquemáticamente teorías de pintura. Me gusta que Ronald se extienda describiendo con acentos trágicos, sanguinolentos y sordos, la fealdad de las prostitutas: a pesar de los títulos que pone a sus obras no lo encuentro licencioso ni literario y su crueldad me impresiona. Pero no siento sino indiferencia por pintores, que, mediocrementemente pin-



MAURICIO DENIS — La playa (frag.)

tadores, demasiado numerosos por desgracia! sobre una tela o cartón dejan caer sin gracia algunas gotas de esencia, algunas líneas de pastel, un supremo matiz, un acorde inédito y nada más, y que nos presentan esa nonada en un cuadro con toda la suficiencia del genio. Demasiados bellos colores sin alma, demasiadas bellas formas que no tienen vida; ni emoción ni amor de la naturaleza. Llego a la conclusión de que nuestras alegrías y dolores valen más que todas las falsas ciencias y las vanas teorías. "¡Coraje! y pongamos de todo esto en la pintura!" escribía Corot a raíz de una enfermedad. — "Yo interpreto tanto con mi corazón como con mis ojos" y qué ojos! Sin embargo, ¿ha habido nunca un pintor más pintor que Corot? No es en él que se encuentra mejor, con más variedad, abundancia y espontaneidad la pura "abundancia pictorial"? Nada de menos litera-

rio que su obra sobre la cual se ha hecho, por lo demás, tanta literatura. Ahora bien, en sus estudios más directos del natural, en sus figuras prosaicamente vestidas; que pinte una usina o un árbol o el más insignificante motivo, nada existe donde no aparezca su bella alma idealista y creyente. Es que él ponía de "todo esto" en la pintura. En el libro tan ferviente que le ha dedicado Moreau-Nelaton, monumento definitivo a la gloria del maestro, se abre, durante la descripción de su noble existencia, la íntima correspondencia entre su obra y su vida, entre sus cualidades morales, su simplicidad, su bondad, su elevación de alma y la poesía de sus cuadros. Todo pintor que no sea en cierta manera un poeta es un

ciudad y construídas de manera bizarra, como ciertos artículos de bazar, con el solo cuidado de evitar un proceso por falsificación.

Esta vergüenza mal colocada nos priva de obras fuertes y durables que, sin ella, verían quizá la luz. Si, resueltamente, como lo han hecho los grandes genios del pasado, nuestros autores se apoderaran deliberadamente de una idea ya realizada antes que ellos, si ellos cometieran, en una palabra, un plagio, se sorprenderían, sin duda, de los resultados que se podrían obtener.

Son necesarios, en efecto, no ya más semanas ni más años, sino muchos siglos para que las grandes ideas humanas sean realizadas bajo sus formas definitivas, y la vida entera hasta en sus menores detalles no es sino un plagio perpetuo.

Copiando desde el comienzo la obra de un maestro, trabajándola largamente, modificándola, al transformarla poco a poco un autor en el curso de su trabajo, no podría dejar de ver aparecer progresivamente una obra verdaderamente nueva que ni siquiera sospechaba.

Querer evitar el plagio en los comienzos, es el camino más seguro para caer en él. Se rechaza la idea general para apoderarse de los pequeños detalles de ejecución, que ella contenía. Abordar al contrario resueltamente la idea general perfeccionándola en lo posible, significa seguir la ruta normal y tomar el sitio que corresponde en la marcha hacia adelante y en la múltiple colaboración de los siglos.

G. de PAWLOWKI.

Calambres

Diálogo pseudo filosófico.—

Voy con un señor católico. Veo una boñiga tirada en la calle; y le digo:

—Mire usted allí, ¡qué hermosa alfalfa!

El, sorprendido, pregunta:

—¿Dónde?

Yo le señale la boñiga

—Allí.

El rie, y exclama:

—Ju, ju, ju!... Hoy ya eso no es alfalfa; aunque le concedo que eso haya sido alfalfa.

—Y hoy es, yo añado, una boñiga inmundada; ¿sabe usted lo que es eso? Es la verdad vuelta prejuicio. Es lo que le ocurre a toda verdad ya digerida por el animal humano en su evolución. Hace veinte siglos, le concedo que el catolicismo haya sido una verdad; pero ahora...

El me interrumpe:

—Deje los puntos suspensivos.

Falsa vergüenza

Psicología.—

Habla un actor:

—Juan Fulanote es mi amigo más grande y más sincero. Nos une una admiración común: la admiración que él me tiene y la que yo le tengo.

De el mundanal ruido.—

Escenario: La Dirección de un periódico.

El jefe de Redacción — El redactor Dominguez se halla enfermo. Su sección está en blanco todavía. ¿Cómo se llena?

El Director — Bah, que se hagan más grandes los títulos de las demás secciones.

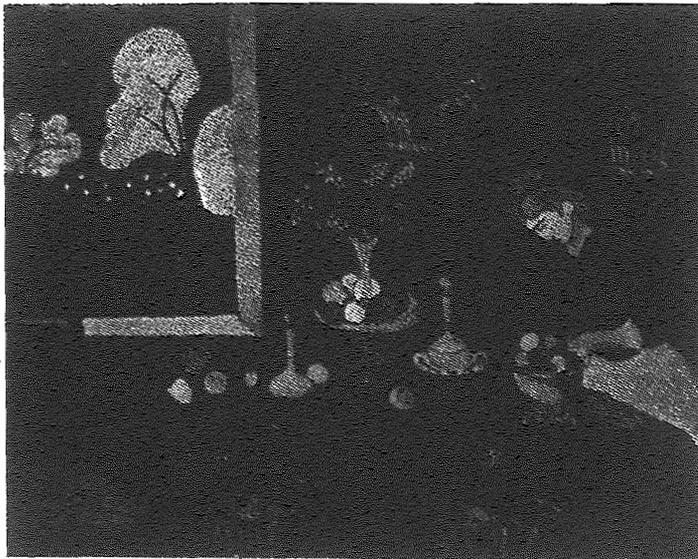
El Congreso y el Presidente.

- A — En todo sistema democrático, el Congreso es necesario al Presidente de la República.
B — Pero si en realidad es la sola voluntad del Presidente la que gobierna.
A — Pues, por eso es necesario al Presidente: el Presidente tiene así quien legalice su voluntad; y eso es más honroso que ser despota. Está más al diapason de nuestra época democrática

Ciños.—

- P — ¿A usted le gusta el circo?
Q — No!
P — ¿Por qué, si es tan divertido?
Q — Lo será; pero no para el que está obligado a verle. Pregúntele usted a un acomodador, si de buena gana él no dejaría de ir alguna noche. Es lo que me ocurre a mí.
P — No sabía que usted estuviese empleado en...
Q — ...en el Congreso.

Álvaro Junque



HENRI-MATISSE — Quitando la mesa

CHARCAS SOBRE EL ARCE

Una de las preocupaciones del arte moderno es traducir el carácter. Pero el carácter no reside en el aspecto de las cosas sino en su estructura íntima; si así no fuera, una fotografía sería siempre un retrato; una obra de arte, dando como lo hace, sin sugestiones humanas, un documento exacto de la realidad. Pero su realidad, su objetivismo absoluto, no aferra sino un aspecto, un instante de la verdad, una faceta del poliedro en cuyo centro reside lo fundamental y eterno.

Sabemos muy bien como casi nunca la fotografía traduce la imagen perfecta de un ser que conocemos a fondo, y siempre por algo que le falta, ese no sé qué que impide que corresponda con la imagen que tenemos en nuestro interior, formada por la síntesis que conocemos de los aspectos de nuestro amigo o pariente. Nuestro retrato interior no será tan exacto si se quiere, porque no tendremos presente la forma real de su nariz, etc., pero será siempre más verdadero porque radica en elementos permanentes, en una suma de cualidades sutiles que escapan forzosamente a la mirada instantánea del objetivo. Podrá uno romperse la nariz, quedar muerto, barbarsse o afeitarse si es barbudo, pero esos detalles o aspectos circunstanciales no harán desconocido a un hombre

para la mirada atenta de un allegado. Nuestra relativa verdad, es, pues, más amplia, más verdadera, más profunda que la verdad científica del objetivo. De aquí que en el arte no sean realmente obras buenas las que copian fielmente, sino las que transponen o interpretan con equivalentes plásticos, síntesis de sensaciones o síntesis de sentimientos.

Ciertamente que en la contextura craneana reside una parte preponderante del carácter de un tipo, como en la contextura topográfica reside la de una región, pero no bastan esos elementos imprescindibles para crear una obra que exprese completamente ese tipo o esa región. Hay algo más esencial, y es el conocimiento íntimo y profundo de la naturaleza, que en el arte adquiere por intuición el amor. Sin amor no hay arte. Sin valor espiritual, sin sentimiento elevado, la obra artística no existe, y este dualismo aparente que nos vemos obligados a emplear continuamente para expresar atributos de la unidad, este hablar de espíritu y de materia, no significa que consideremos el mundo dividido en dos porciones. Sabemos perfectamente que toda nuestra actividad mental, que todas las verdades específicas hechas instinto, que llamamos morales, radican en la fisiología. Llamemos,

pues, espíritu, ya que de alguna manera hay que llamarlo, a todo lo imponderable que contiene una obra de arte, y llamemos tal a la que posea la mayor cantidad de ello.

Sin amor no hay arte. He aquí por qué artistas que pintan bien o escultores que esculpen bien, no realizan obra de arte. Su inteligencia percibe los aspectos exteriores, lo pintoresco del mundo, pero su espíritu no desentraña el matiz íntimo, la chispa, el reflejo de lo permanente. No compenetrarán porque no aman. Sus hombres tienen los rasgos fisionómicos de tal o cual raza, mas su alma no se identifica con la humanidad de sus modelos; son superficiales.

Pero así como nadie podrá pensar sin su respectivo organismo, una obra de arte no podrá contener nada sin el elemento plástico expresivo, la materia — piedra o color — sometida a leyes rigurosas, aunque amplias, de ritmo y de armonía, sin las cuales no hay posibilidad de expresión artística.

Por esto no existe obra de arte que no sea bella en sí, es decir, armoniosa y agradable a los sentidos, por la razón de que

su aspecto exterior es determinado por el sentimiento expresado. De aquí también que la preocupación inversa — hacer bello, armonioso, rítmico sin un porqué — produzca a la larga una sensación de cansancio, de vacío; algo como el de una fachada de edificio cuyos volúmenes y ritmos lineares no correspondieran a las necesidades internas de un edificio, una fachada independiente. Hay en esto que voy diciendo cierta aparente sutileza diferencial; sin embargo, quien la perciba en su verdadero alcance notará que en esa sutil diferencia reside un problema fundamental: el arte, por medio del equilibrio de volúmenes, ritmos lineares y armonías de colores, ¿debe producir únicamente un placer sensual o debe ser un medio de expresión, el lenguaje del sentimiento humano? ¿Debe ser un medio o un fin?

A esta pregunta han respondido todos los grandes artistas del pasado y del presente volcando en las reducidas dimensiones de una obra de arte, plástica, literaria o musical, toda la belleza, inquietud o profundidad del sentimiento humano.

ANARKO

UNA PAGINA DE ANATOLE FRANCE

EL ALMA DE JUDAS



A. FRANCE

EL destino de Judas de Kerioth nos sume en un abismo de admiración. Porque, al cabo, ese hombre vino para cumplir las profecías: era preciso que vendiera al Hijo de Dios por treinta dineros. Y el óseulo del traidor es, como la lanza y los clavos venerados, uno de los instrumentos necesarios de la Pasión. Sin Judas, ni se hubiera realizado el misterio, ni salvado el género humano. Y, sin embargo, es opinión constante entre los teólogos que Judas se condenó. Fúndanla en esta frase de Cristo: "Más le valiera no haber nacido". Esta idea de que Judas perdió su alma trabajando por la salvación del mundo, ha sido el tormento de muchos místicos cristianos, y, entre

otros, el abate Ogger, primer vicario de la catedral de París. Este sacerdote, que poseía un alma llena de piedad, no podía soportar la idea de que Judas padeciera en el infierno las eternas penas. En él pensaba constantemente, y sus angustias crecían con sus perpetuas meditaciones.

Llegó a creer que el rescate de aquella alma desventurada interesó a la divina misericordia y que, no obstante la obscura palabra del Evangelio y la tradición eclesiástica, el hombre de Kerioth pudo salvarse. Las dudas se le hacían insoportables y quiso aclararlas. Una noche de insomnio se levantó y entró por la sacristía en la iglesia desierta, donde las lámparas ardían perpetuamente rodeadas de tinieblas. Prosternóse ante el altar mayor y oró así:

"Dios mío, Dios de clemencia y amor; si es cierto que has recibido en tu gloria al más desventurado de tus discípulos; si es verdad, como lo espero y quiero creerlo, que Judas Iscariote está sentado a tu diestra, ordena que descienda hasta mí y que él mismo me anuncie el más grande milagro de tu misericordia.

"Y tú, a quien maldicen desde hace diez y ocho siglos y a quien yo venero porque al parecer preferiste el infierno para tí sólo a fin de reservarnos el cielo, macho cabrío, emisario de traidores y de infames, ¡oh Judas! ven a imponerme tus manos para que pueda consagrarme al sacerdocio de la misericordia y del amor".

Terminada está oración, el sacerdote prosternado sintió como dos manos que se posaban en su cabeza, cual las del obispo el día de su ordenación. A la mañana siguiente, anunció su vocación al arzobispo:

— Soy sacerdote de la Misericordia, — le dijo, — según la orden de Judas, "segundum ordinem Judas".

Y desde ese mismo día, M. Oegger se fué por el mundo a predicar el Evangelio de la piedad infinita, en nombre de Judas redimido. Su apostolado se abismó en la miseria y la locura. M. Oegger se hizo swedemborgiano y murió en Munich. Fué el postrero y más dulce de los cainitas.

La asociación internacional de trabajadores en 1872-73, desde el congreso de Saint-Imier al congreso de Ginebra (Septiembre de 1873)

En septiembre de 1922 se recordó el cincuentenario del pacto de Saint-Imier (Jura suizo) que unió las federaciones autónomas de la Internacional y rechazó las maniobras autoritarias que obtuvieron un éxito aparente y efímero en el congreso de La Haya. Desde entonces transcurrió un año; cada cual puede medir el progreso realizado de 1922 a 1923, —examinemos nosotros en común lo que los Internacionales de otra época hicieron desde el congreso de Saint-Imier al de Ginebra (septiembre de 1873).

A pesar de tantos esfuerzos, la idea internacional ha sido siempre muy débil, demasiado débil, y lo es todavía hoy. De sus tres etapas, el sentimiento de solidaridad obrera emancipadora, — el verdadero conocimiento internacional de unos con otros, — y la acción común a través de las fronteras, apenas se realiza la primera, sea por declaraciones que tienen poca eficiencia real muy a menudo por su carácter general, sea por algunos buenos esfuerzos sobre cuestiones de valor incontestable sin duda, pero sin embargo de importancia secundaria y que conciernen sobre todo a la defensa, raramente al ataque. Se conoce siempre poco, y la verdadera acción común que sería la única arma efectiva contra el capitalismo y el gubernamentalismo internacional, es todavía un sueño.

Se puede figurar uno por eso como se estaba desde 1864 a 1872, durante la época de la permanencia del Consejo General en Londres, que, desde el primero al último día, estuvo bajo el control de Carlos Marx. Fue una fachada brillante que, por las declaraciones generales casi siempre redactadas por Marx, por un socialista de gran talento y experiencia, pero que no representaba más que su persona, por los congresos que se sucedían dignamente, y por un pequeño número de actos de solidaridad práctica en casos de huelgas, etc., daba un fuerte apoyo moral a cada movimiento particular, pero no daba al espíritu internacional un verdadero impulso, medios para desarrollarse y realizarse. Los movimientos fueron dirigidos por los secretarios y el sub-comité íntimo del Consejo General lo fue igualmente gracias a su composición por una mayoría de ingleses que no conocían el continente, de alemanes que estaban supeditados a Marx y de franceses cuidadosamente escogidos entre los que dejaban a Marx y a su pequeño grupo, Herman Jung (suizo) y otros, las manos libres. Desde su punto de vista, esos hombres consideraban toda relación directa entre las secciones de diversos países como una maquinación, una intriga, algo que escapaba a las graduaciones jerárquicas y no pasaba por sus manos. Con una envidia de funcionarios que mantenían las tradiciones de una administración, detestaban todo internacionalismo práctico que se realizara sin ellos. De ahí su inmensa sospecha y el odio instintivo hacia todo lo que hacían Bakunin, los jurasianos, los belgas, los españoles, los italianos, por sí mismos, sin consultarios, por no considerarlos como autoridades impuestas sobre ellos ni como amos tutores a quien se debe consultar. Lesonada esa arrogancia, les causó tal desprecio todo lo que se hizo sin ellos, que no se preocupaban en serio de conocer las cosas, y la correspondencia íntima entre Marx y Engels, entre estos dos y F. A. Sorge, entre Marx y el doctor Kugelmann, etc., nos da la impresión del carácter incompleto, defectuoso e inexacto o falso de su conocimiento de lo que pasaba en las partes siempre más grandes de la Internacional que se emancipaban de su tutela. Esa falta de preocupación y esa ignorancia tuvieron su repercusión engrandecida en la prensa socialista autoritaria que sufrió su influencia, y la ignorancia, los prejuicios de los socialdemócratas modernos sobre la anarquía, el sindicalismo, la revolución social, etc., datan de ese tiempo: no tuvieron

nunca ocasión, por esa arrogancia desdeñosa de sus patrones en socialismo, de juzgar por sí mismos, de tener ante sus ojos un relato imparcial de los hechos más sencillos — todo fué desnaturalizado desde el primer momento. Marx no se cuidó nunca de conocer objetivamente un solo hecho tal como era: de la primera noticia vaga, salta a una interpretación más vaga aun y en lo sucesivo esa ficción es la realidad para él o se modifica aun por los defectos de la memoria.

Este modo sucio y sin escrúpulos cavó un abismo entre los internacionales de los diversos países que fueron, fiándose de Marx y de su Comité, profundamente prevenidos unos contra otros; pero se tenían bastantes de estas maquinaciones después de la conferencia de Londres (septiembre de 1871), que produjo el primer acto de protesta, la circular del congreso jurasiano del 12 de noviembre y el proyecto belga de los estatutos revisados (14 de julio de 1872), y sobre todo después del congreso de La Haya, que demostró que Marx y los blanquistas no retrocedían ante ningún medio para imponer y reforzar su dominio en la Internacional según ese sistema que evolucionaba más y más cínicamente.

Entonces, por la declaración de la minoría en La Haya y por el pacto de Saint-Imier, las federaciones que mantenían su autonomía establecieron por primera vez relaciones directas entre sí, y ese fué verdaderamente el primer acto del socialismo internacional que obraba por sí mismo y no manipulado por tutores oficiales.

Por la respuesta dada por el Comité Federal jurasiano (Sonnvilliers, 17 de noviembre de 1872, firmada A. Schwitzguebel) a una carta del Consejo Federal inglés (Londres, 6 de noviembre, firmada J. Hales) se ve por ejemplo cómo trataban de entenderse los obreros socialistas de tendencias diversas.

... "Pero si nuestras aspiraciones son las mismas, diferimos, como lo decís vosotros, en lo que se refiere a los medios a emplear para llegar al fin. Pero si hemos adoptado entre nosotros una línea de conducta que nos parece necesitada por las circunstancias, no se nos ocurrirá nunca la idea de vituperar a los obreros ingleses porque siguen una táctica diferente: vosotros sois los únicos jueces en lo que es útil y oportuno hacer entre vosotros en vuestro lugar, sufriendo la influencia del medio en que vosotros vivís, vuestras condiciones industriales especiales, vuestras tradiciones históricas, teniendo que combatir, además de los señores de la Banca y de la fábrica, la vieja feudalidad agrícola y todas las instituciones de la Edad Media que pesan aún sobre vosotros, probablemente nuestras ideas se modificarían.

"Y si vosotros viviérais en las repúblicas suizas, bajo nuestras instituciones democráticas en la forma, instituciones gracias a las cuales el pueblo se cree libre, no se apercebe de su servidumbre económica y se deja domeñar dócilmente por los charlatanes políticos que tienen necesidad de él para escalar el poder: — si vosotros viviérais en este medio experimental, sin duda, como nosotros, la necesidad de protestar contra la comedia inmoral del sufragio universal y de repetir a los obreros de nuestro país que lo primero que hay que hacer para trabajar en la propia emancipación, es desembarazarse de los intriguantes políticos que tratan de escamotear las cuestiones sociales y que, para desembarazarse de ellos, el medio más sencillo es rehusar los votos. Si los obreros de París no hubiesen votado por Jules Favre, Jules Simon y otros de la misma camarilla, no hubiesen sido más tarde víctimas de estos miserables, en los cuales se habían dado sus amos al concederles los sufragios..."

Se dice francamente en nombre de los obreros del Jura suizo: "...nosotros re-

conocemos de ese modo el más completo derecho de los obreros ingleses para adoptar una táctica diferente, y creemos que es útil que prueben esa experiencia. Veremos así quien de nosotros llega más pronto y más seguramente al fin, y los que primero lleguen tenderán la mano a sus hermanos que queden atrás".

Y se añade con pleno derecho: "Lo que decimos en este momento, lo decíamos ya en 1870, en el momento en que se nos representaba ante vosotros como doctrinas intolerantes; y si entonces hubiésemos podido, como hoy, comunicarnos directamente con vosotros, sin pasar por el intermedio de la policía secreta del señor Marx, se habrían evitado muchas cosas vergonzosas".

Si hubiesen prevalecido generalmente tales sentimientos y hubiesen sido puestos en práctica desde esa época al menos, desde fines de 1872, ¿dónde podría estar hoy el internacionalismo después de cincuenta años de una acción directa de tal modo verdadera? Entonces verdaderamente en cada país, en cada distrito u otra subdivisión por territorio o por población se habrían desarrollado las ideas y la táctica que correspondieran más a las disposiciones locales y florecerían libremente sin los obstáculos que la policía, las querrelas, el deseo de aplicar su táctica uniforme, las rivalidades y los odios oponen. Entonces esas agrupaciones locales tan diversas, que se respetan mutuamente, entrarían según las necesidades del momento en combinaciones recíprocas y en relaciones más y más variadas que opondrían en cada ocasión el frente más resistente, por ser el más móvil y ágil, al enemigo común. Entonces, en lugar de una sola Internacional, o más bien de diversos fragmentos de Internacionales que son tan hostiles entre sí como los Estados, tendríamos centenares de aplicaciones continuas de ese verdadero internacionalismo. Y esta verdadera experiencia, esta aplicación práctica diaria del espíritu internacional sería la única capaz de un contrapeso efectivo del nacionalismo que inspira a los hombres que nacen ciudadanos de los Estados, es decir, carne del Estado, carne para alimentar al Estado, hasta morir por el Estado como carne de cañón, desde su más tierna infancia, por la escuela patriótica, hasta el fin de su vida, por todo lo que le rodea, la vida política oficial, la prensa, etc. Cuanto más de cerca examinamos la historia de la primera Internacional y de todo lo que se hizo desde entonces en este género, más comprendemos la debilidad, la ineficacia, la superficialidad de esos primeros esfuerzos hasta aquí apenas semejantes a las fuerzas de un niño que luchara contra un animal adulto, el patriotismo inveterado, engordado por todos los Estados.

Lo que relatamos del año 1872-73 ha pasado, pues, desgraciadamente en una pequeña escala y no ha sido seguido como merecería serlo. La derrota de la Comuna de París había sido un golpe de masiado rudo, seguido de una reacción tan completa que por muchos años aun el socialismo en Francia fué reducido a silencio entonces. La Internacional italiana, privada siempre en 1873 de las posibilidades de una propaganda pública, se jugó el todo por el todo en la insurrección de 1874 y no pudo reconquistar desde entonces los medios de desenvolverse libremente; lo mismo los acontecimientos de 1873 obligaron por muchos años a la Internacional española a una existencia clandestina, subterránea. En Bélgica y en Holanda, el eclipse temporal del socialismo francés y el ejemplo vecino de la socialdemocracia alemana, ocasionaron un regreso a la política, la era de la larga lucha tan estéril por el sufragio universal, comienza temprano. En Rusia, las inmensas persecuciones llevan a un período de silencio, y después se divide, buscando nuevos derroteros en el terrorismo político, pariente del blanquismo, y en el marxismo. Quedan Alemania, y la Suiza de lengua alemana, también Austria-Hungría, donde la socialdemocracia se afirma más y más, desarrollando un doctrinarismo intratable, una arrogancia teórica absoluta — y la Suiza latina, la federación jurasiana y Ginebra, donde se mantuvo el colectivismo anárquico; pero si esta idea permanece muy difundida entre los obreros del Jura, en Ginebra, donde la proscripción francesa es numerosa, el comunismo, surgido de la Comuna de París,

es más fuerte, y junto a los dos comienza a germinar, de orígenes muy pequeños, el comunismo anárquico.

Por tanto, las circunstancias generales, lo mismo que el ambiente de ese período de depresión, no permitieron entonces a la Internacional una verdadera renovación que habría correspondido también a la emancipación del yugo autoritario que había ganado en Saint-Imier. La ausencia de todo movimiento en Inglaterra, a partir de 1874, la debilidad de los movimientos americanos (donde por lo demás, la huelga de Pittsburg descubrió repentinamente la fuerza latente de los explotados) — son pruebas del hecho de que fué la depresión, general y no la crisis de la Internacional lo que causó el declive en número y en vitalidad de las federaciones internacionales a partir de 1873.

Hay que reconocer tanto más la perseverancia de los camaradas de esos años, que han continuado su obra a través de ese período que se puede comparar, — muy relativamente sin duda — a los siglos negros de la edad media, seguidos de un Renacimiento glorioso. El amnoriamento del movimiento a su alrededor no fué culpa suya y no los desanimó; este es también un ejemplo que merece ser seguido.

El conocimiento íntimo de los acontecimientos después del congreso de Saint-Imier nos falta, porque la correspondencia de Bakunin desde entonces desapareció y las breves indicaciones de su diario no muestran más que el cuadro de su actividad, no su contenido. Escribió desde el primero al ocho de octubre una carta a la *Liberté* de Bruselas en la cual habría, por primera vez en público, puesto al desnudo las maquinaciones marxistas contra él; esa carta quedó inacabada (yo la publiqué en la *Société Nouvelle* de Bruselas, julio-agosto de 1894), pasó todo el día 13 de octubre en Neuchâtel con James Guillaume y A. Spichiger; vuelve a Locarno (22 de octubre) por Ginebra y el Simplón. A partir del 25 comienza una carta a Cafiero, que llamó después "esta carta muy cifrada" y "la gran carta colectiva a los italianos" (terminada el 30); después escribe una carta "colectiva muy grande" a los jurasianos (31 de octubre, 1 de noviembre) y una "carta colectiva a todos los II (hermanos) españoles" (que envió a Farga Pellicer), 2 y 3 de noviembre; al mismo tiempo escribió muchas cartas individuales y anotó el 3 de noviembre: "Más cartas a escribir", para comenzar el 4 un manuscrito nuevo ("escrito contra Marx") que sería un retoque de la continuación del *Imperio Kunito-germánico* (quedó inédito).

Cafiero le visitó entonces, y el 6 de noviembre comenzó: "Circular número 2 de Hugo (Bakunin) a Ermani (hermanos, los hermanos de la Alianza)", "Circular 2 cifrada de Hugo", terminada el 8 de noviembre. Puede ser que estas comunicaciones tengan relación aun con la organización íntima de la sociedad secreta, porque el 13 de noviembre anotó: "escrito diccionario geográfico"; "acabado diccionario italiano" (14); "acabado Francia, España y Portugal"; "diccionario de Suiza, Bélgica y Holanda" (15).

Escribió luego nuevas cartas colectivas enviadas a Nabruzzi (Italia) y a Alerini (España), 16 a 20 de noviembre y a partir del 15 de diciembre escribió: "carta colectiva con consejos a los españoles para Córdoba (localidad de un congreso en Navidad) a (Farga) Pellicer... (15, 16 de diciembre), pero después anotó en seguida: "por la noche (del 16) copia de la gran circular para los españoles"; el 17: "copia de la gran circular respuesta a Barcelona";... el 19: "copia, noche, carta circular a los barceloneses"; escribió allí aun hasta el 23 y ese día recibe la visita de Cafiero y de Palladino (de Nápoles), el 25 la de Fanelli, el 26 hace venir también a Nabruzzi, de suerte que los amigos italianos más íntimos se reúnen en Locarno; con fecha del 31 de diciembre se termina el diario, y su continuación se perdió. Junto a esas fechas de cartas o circulares colectivas hay un gran número de cartas individuales de ambos lados, en una palabra, una discusión continua, sobre todo con los italianos y los españoles.

Es imposible distinguir qué parte de esa actividad intensa se relaciona con los

asuntos de la organización secreta reconstituida en Zurich en septiembre, y que parte pertenece al esfuerzo para establecer una táctica común entre las federaciones autónomas. La intransigencia de los italianos, que no se cuidaban de las formas, un cierto formalismo organizador quizás de los españoles y la táctica jurasiana, que tenía en cuenta las federaciones que habían quedado fuera de esa alianza íntima, de Bélgica, Holanda, Inglaterra y sobre todo de América: coordinar todo eso lo mejor posible exigía bastante esfuerzo. Sabemos aun que las relaciones de Bakunin con los belgas eran nulas, como antes; Guillaume ha podido andar algunas relaciones belgas en La Haya, pero la Internacional belga no ha querido seguir nunca una iniciativa jurasiana y ha obrado siempre por sí misma.

Hubo un cambio muy amistoso de cartas entre los Comités ingleses y jurasianos (6 y 17 de noviembre). En esa época C. Gambuzzi, de Nápoles, hizo un viaje a Londres por negocios, en su calidad de abogado; Bakunin le recomendaba que vea a Tallandier (que no estaba ya en Londres) y a Paul Robin; añade: "he ahí todo lo que puedo hacer ahora, a menos que no quieras ver a los señores Marx y Engels, para los cuales no te doy cartas de recomendación — Por lo demás sería bastante picante si los visitaras — Yo no me enojaría de ningún modo, pero a condición de que me informaras fiel y exactamente de lo que te digan, sea contra mí y nuestros otros amigos, sea respecto a la inmensa protesta a la que, además de España y de Italia, se unen ahora Francia — hubo últimamente un congreso semi-clandestino en Lyon que se ha pronunciado por nosotros (fue un congreso compuesto de 23 delegados de secciones francesas y no es sino por esta carta inédita que se sabe casualmente que se celebró en Lyon) — Bélgica, Holanda, las trade-unions inglesas y muchas secciones de América — de suerte que a fin de cuentas no le quedarán más que los alemanes"... Recomienda aún a Gambuzzi que visite a John Hales (13 de noviembre), de la Federación inglesa. "Busca la ocasión de hablarle de mí y de disipar sus preveniciones contra mí, si las conserva aún. No nos hemos encontrado nunca. — Francia se ha pronunciado resueltamente por nosotros — España, no hay que decirlo siquiera — Bélgica y Holanda también — No dudo que dentro de muy poco tiempo tendremos todo lo que no es alemán en América"... Gambuzzi me contó en 1899 que hizo, en efecto, una visita a Marx, al que todos aprecian aún por su ciencia económica; Marx fué muy cortés y no tocó de ningún modo la cuestión de la Internacional. Asistió también a una sesión de una sección inglesa donde se informó sobre el congreso de la Haya. Un orador insultó a Bakunin, su amigo italiano pidió la palabra para defenderlo, un inglés dijo que Bakunin no tiene necesidad de ser defendido, entonces otros se lanzaron sobre ese hombre y se armó un violento pugilato. — Marx (carta a Sorge, 12 de febrero de 1873) incita al consejo general de New York a no suspender, sino a excluir las federaciones antiautoritarias. Cree poder resumir así la táctica de esas federaciones: que tendrán en la primavera o en el verano de 1873 un congreso entre sí, según una gran circular española; si ese Congreso fuera un fracaso se presentarían al Congreso general convocado por Ginebra en septiembre. Marx dice que Gambuzzi ya "sido bastante ingenio para comunicarle esa intención". Esto nos muestra que la cortesía de Marx hacia Gambuzzi ocultaba el fin de engañarle; pero pienso por mi parte que Gambuzzi era un poco menos ingenio de lo que Marx se figuraba.

No hablaré en lo sucesivo más que de las declaraciones públicas y de las resoluciones de los diversos congresos regionales tras los cuales había una masa de discusiones preparatorias cuyo detalle, dada la gran rareza de los documentos manuscritos sobre ese período, no conocemos

Max Nettlau

(Continuará)

La gloria es un veneno que se debe tomar a muy pequeñas dosis. — BALZAC —

La comuna de París y la revolución social

Conferencia pronunciada por Miguel Bakunin en mayo de 1871 ante los obreros del valle de Saint-Imier
TERCERA CONFERENCIA

(Conclusión)

En esta concurrencia, en esta lucha del más bajo precio, los grandes capitales deben aplastar necesariamente a los pequeños capitales, los grandes burgueses deben arruinar a los pequeños burgueses. Porque una inmensa fábrica puede, naturalmente confeccionar sus productos y darlos más baratos que un pequeño o mediano fabricante. La institución de una gran fábrica exige, claro está, un gran capital, pero, proporcionalmente a lo que puede producir, cuesta menos que una fábrica pequeña o mediana: 100.000 francos son más que 10.000, pero 100.000 francos empleados en una fábrica darán un 50 a un 60 olo; mientras que los 10.000 francos empleados del mismo modo no darán más que un 20 olo. El gran fabricante economiza sobre la construcción, sobre las materias primas, sobre las máquinas; empleando muchos más trabajadores que el pequeño o el mediano fabricante, economiza también, o gana, por una organización mejor y por una más grande división del trabajo. En una palabra, con 100.000 francos concentrados en sus manos y empleados en el establecimiento y en la organización de una fabricación única, produce mucho más que diez fabricantes que emplean cada uno 15.000 francos; de modo que si cada uno de éstos realiza, sobre los 10.000 francos que emplea, un beneficio neto de 2.000 francos, por ejemplo, el fabricante que establece y organiza una gran fábrica que le cuesta 100.000 francos, gana sobre cada 10.000 francos 5 o 6.000, es decir, produce proporcionalmente mucho más. Produciendo mucho más, puede naturalmente vender sus productos más baratos que los fabricantes medianos o pequeños; pero al venderlos más baratos obliga igualmente a los medianos y pequeños fabricantes a bajar sus precios, pues de lo contrario sus productos no serían comprados. Pero como la elaboración de esos productos le resulta mucho más cara que al gran fabricante, al venderlos al precio del gran fabricante se arruinan. Es así como los grandes capitales matan los pequeños, y si los grandes capitales encuentran otros mayores son aplastados a su vez.

Esto es tan verdadero que hay hoy en los grandes capitales una tendencia a asociarse para constituir capitales monstruosamente formidables. La explotación del comercio y de la industria por las grandes sociedades anónimas comienza a reemplazar, en los países más industriales, en Inglaterra, en Bélgica y en Francia, la explotación de los grandes capitalistas aislados. Y a medida que la civilización, que la riqueza nacional de los países más avanzados se acrecientan, la riqueza de los grandes capitalistas crece, pero el número de los capitalistas disminuye. Una masa de miembros de la burguesía media se ve rechazada hacia la pequeña burguesía, y una multitud más grande todavía de pequeños burgueses se ve inexorablemente impulsada hacia el proletariado, hacia la miseria.

Esto es un hecho incontestable, constatado tanto por la estadística de todos los países como por la demostración matemática más exacta. En la organización económica de la sociedad actual, este empobrecimiento gradual de la gran masa de la burguesía en beneficio de un número restringido de monstruosos capitalistas, es una ley inexorable, contra la cual no hay otro remedio que la revolución social. Si la pequeña burguesía tuviese bastante inteligencia y buen sentido para comprenderlo, desde hace mucho tiempo se habría asociado al proletariado para realizar esta revolución. Pero la pequeña burguesía es generalmente muy torpe; su tonta vanidad y su egoísmo le cierran el espíritu. No ve nada y se aplastada por una parte por la gran burguesía, amenazada por la otra por el proletariado a quien desprecia tanto como lo detesta y teme, se deja arrastrar estúpidamente hacia el abismo.

Las consecuencias de esta concurrencia burguesa son desastrosas para el proletariado. Obligados a vender sus productos — o más bien los productos de los obreros que explotan — al más bajo precio posible, los fabricantes deben necesariamente pagar a sus obreros los salarios más bajos posibles. Por consiguiente, no pueden pagar el talento, el genio de sus obreros. Deben buscar el trabajo que se vende, que está forzado a venderse a la tarifa más baja. Como las mujeres y los niños se contentan con un menor salario, emplean los niños y las mujeres con preferencia a los hombres, y los trabajadores mediocres con preferencia a los trabajadores hábiles, a menos que estos últimos se contenten con el salario de los trabajadores inhábiles, de los niños y de las mujeres. Ha sido demostrado y reconocido por todos los economistas burgueses que la medida del salario del obrero, es siempre determinada por el precio de su mantenimiento diario: así, si un obrero puede alojarse, alimentarse, vestirse por un franco diario, su salario bajará pronto a un franco. Y eso por una razón muy sencilla: que los obreros, apremiados por el hambre, están forzados a hacerse competencia entre sí, y que el fabricante, impaciente por enriquecerse lo antes posible por la explotación de su trabajo, y obligado, por otra parte, por la competencia burguesa a vender sus productos al más bajo precio, tomará naturalmente a los obreros que, por el menor salario, le ofrezcan más horas de trabajo.

Esto no es sólo una deducción lógica, es un hecho que pasa diariamente en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Alemania y en las partes de Suiza en que se ha establecido la gran industria, la industria explotada en las grandes fábricas por los grandes capitales. En mi última conferencia, os he dicho que érais obreros privilegiados. Aunque estéis bien lejos todavía de recibir íntegramente en salario todo el valor de vuestra producción, cotidiana, aunque seáis incontestablemente explotados por vuestros patrones; sin embargo, en comparación con los obreros de los grandes establecimientos industriales, estáis bien pagados, tenéis comodidad, sois libres, sois dichosos. Y yo me apresuro a reconocer que hay un gran mérito en vosotros al haber entrado en la Internacional y haberos convertido en miembros abnegados y celosos de esa inmensa asociación del trabajo que debe emancipar a los trabajadores del mundo

entero. Esto es noble, es generoso de parte vuestra. Demostráis con ello que no pensáis sólo en vosotros mismos, sino en los millones de hermanos que están mucho más oprimidos y son mucho más desdichados que vosotros. Es con satisfacción que os rindo este homenaje.

Pero al mismo tiempo que hacéis acto de generosa y fraternal solidaridad, permitidme decir que hacéis también acto de previsión y de prudencia: obráis no sólo por vuestros hermanos desgraciados de las otras industrias y de los otros países, sino también, cuando no del todo, por vosotros mismos, al menos por vuestros hijos. Sois, no en absoluto, sino relativamente bien retribuidos, libres, dichosos. ¿Por qué lo sois? Por la sencilla razón de que el gran capital no invadió aun vuestra industria. Pero, sin duda, no creéis que será siempre así. El gran capital, por una ley que le es inherente, está fatalmente impulsado a invadirlo todo. Ha comenzado, claro está, por explotar las ramas del comercio y de la industria que le han prometido más grandes ventajas, aquellas cuya explotación era más fácil, y acabará necesariamente, después de haberla suficientemente explotado, y a causa de la competencia que se hace a sí mismo en esa explotación, por arrojarse sobre las ramas que no había tocado hasta entonces. ¿No se hacen ya vestidos, botas, encajes a máquina? Creedlo, tarde o temprano y sin duda antes de lo que se piensa, se harán también los relojes a máquina. Los resortes, los escapes, la caja, la cubeta, el pulido, el torneado, el grabado, se harán a máquina. Los productos no estarán tan cuidados, no serán tan artísticos como los que salen de vuestras manos hábiles, pero costarán mucho menos, hallarán más compradores que los vuestros más perfectos, a los que acabarán por excluir del mercado. Y entonces, sino vosotros, al menos vuestros hijos se encontrarán tan esclavos, tan necesitados como lo están hoy los obreros de los grandes establecimientos comerciales. Veis, pues, que al trabajar por vuestros hermanos, los obreros desgraciados de las otras industrias y de otros países, trabajáis también para vosotros mismos, o al menos, para vuestros hijos.

Trabajáis para la humanidad. La clase obrera se ha convertido hoy en la única representante de la grande, de la santa causa de la humanidad. El porvenir pertenece a los trabajadores: a los trabajadores de los campos, a los trabajadores de las fábricas y de las ciudades. Todas las clases que están arriba, los eternos explotadores de las masas populares: la nobleza, el clero, la burguesía y toda esa miriada de funcionarios militares y civiles que representan la iniquidad y la potencia malhechora del Estado, son clases corruptas, atacadas de impotencia, incapaces de comprender en lo sucesivo y de querer el bien, y poderosas sólo para el mal.

¡USA! ¡USU! ¡OSO!



Una de las más importantes sesiones del congreso de "unidad" de Montevideo. — Momento en que la Usa da a luz el Usu, después de yacer largamente con el Oso

El clero y la nobleza fueron desenmascarados y derrumbados en 1793. La revolución de 1848 ha desenmascarado a la burguesía y ha mostrado su impotencia y su maldad. Durante las jornadas de junio en 1848, la clase burguesa renunció altamente a la religión de sus padres: a esa religión revolucionaria que había tenido la libertad, la igualdad y la fraternidad por principios y por bases. Tan pronto como el pueblo tomó la igualdad y la libertad en serio, la burguesía, que no existe más que por la explotación, es decir, por la desigualdad económica y por la esclavitud social del pueblo, se lanzó en la reacción.

Los mismos traidores que quieren perder hoy otra vez a Francia, esos Thiers, esos Jules Favre, y la inmensa mayoría de la Asamblea Nacional, en 1848 trabajaron por el triunfo de la más inmunda reacción, como trabajan todavía hoy. Comenzaron por elevar a la presidencia a Luis Bonaparte, y más tarde destruyeron el sufragio universal. El temor a la revolución social, el horror a la igualdad, el sentimiento de sus crímenes y el temor a la justicia popular, arrojaron a toda esa clase decrepita, antes tan inteligente y tan heroica, en los brazos de la dictadura de Napoleón III. Y tuvieron diez y ocho años de dictadura militar. No hay que pensar que los señores burgueses se hayan encontrado mal. Los que quisieron rebelarse y jugar al liberalismo de un modo demasiado incómodo para el régimen imperial, fueron naturalmente apartados y sometidos. Pero los demás, los que dejando las chácharas políticas para el pueblo, se aplicaron exclusiva, seriamente al gran negocio de la burguesía, a la explotación del pueblo, fueron poderosamente protegidos y estimulados. También se les dió, para salvar su honor, todas las apariencias de la libertad. ¿No existía bajo el imperio una asamblea legislativa elegida popularmente por el sufragio universal? Todo fué bien, según la opinión de la burguesía. No hubo más que un sólo punto negro. Era la ambición conquistadora del soberano que arrastraba a Francia forzosamente a gastos ruinosos y acabó por aniquilar su antigua potencia. Pero este punto negro no era un accidente, era una necesidad del sistema. Un régimen despótico, absoluto, aunque tenga las apariencias de la libertad, debe ayudarse necesariamente en una potencia armada y todo gran ejército permanente hace necesaria, tarde o temprano, la guerra exterior, porque la jerarquía militar tiene la ambición por aspiración principal: el teniente quiere ser coronel, el coronel quiere ser general; en cuanto a los soldados, sistemáticamente demoralizados en el cuartel, sueñan con los nobles placeres de la guerra: la masacre, el saqueo, el robo, la violación, — la prueba: las explosiones del ejército prusiano en Francia. Y bien, si todas esas nobles pasiones, sabias y sistemáticamente alimentadas en el corazón de los oficiales y de los soldados, permanecen largo tiempo sin satisfacción alguna, amargan al ejér-

cito y lo llevan al descontento, y del descontento a la sedición. Por tanto, es necesario hacer la guerra. Todas las expediciones y las guerras emprendidas por Napoleón III no han sido caprichos personales, como lo pretenden hoy los señores burgueses: fueron una necesidad del sistema imperial despótico que fundaron ellos mismos por temor a la revolución social. Son las clases privilegiadas, es el alto y el bajo clero, es la nobleza decrepita, es, en fin, sobre todo, esa respetable y virtuosa burguesía la que, tanto como las otras clases y más que el propio Napoleón III, es causante de todas las horribles desgracias que acaban de caer sobre Francia.

Y vosotros lo habéis visto, compañeros, para defender a esa desgraciada Francia, no se halló en todo el país más que una sola masa, la masa de los obreros de las ciudades, aquella precisamente que fué traicionada y entregada por la burguesía al imperio y sacrificada por el imperio a la explotación burguesa. En todo el país no hubo más que los generosos trabajadores de las fábricas y de las ciudades que quisieron la sublevación popular por la salvación de Francia. Los trabajadores de los campos, los campesinos, demoralizados, embrutecidos por la educación religiosa que se les ha dado a partir del primer Napoleón hasta el día, han tomado el partido de los prusianos y de la reacción contra Francia. Se habría podido rebelarlos; en un folleto que muchos de vosotros habéis leído, titulado *Cartas a un francés*, expuse los medios que era necesario emplear para incorporarlos a la revolución. Pero para hacerlo, era necesario que las ciudades se sublevaran primero y se organizaran revolucionariamente. Los obreros lo quisieron; lo intentaron también en muchas ciudades del mediodía de Francia, en Lyon, en Marsella, en Montpellier, en Saint-Etienne, en Toulouse. Pero en todas partes fueron oprimidos y paralizados por los burgueses radicales en nombre de la república. Si, es en nombre mismo de la república, que los burgueses republicanos, por temor al pueblo; es en nombre de la república que Gambetta, el viejo pecador Jules Favre, Thiers, el zorro infame, y todos los Picard, los Ferry, los Jules Simon, los Pelletan y tantos otros, es en nombre de la república que asesinan a la república y a Francia.

La burguesía está juzgada. Si ella, que es la clase más numerosa y más rica de Francia, — exceptuando, sin duda, la masa popular, — lo hubiese querido, habría podido salvar a Francia. Pero para ello habría debido sacrificar su dinero, su vida, y apoyarse francamente en el proletariado, como lo hicieron sus antepasados, los burgueses de 1793. Y bien, tan poco como su vida quiso sacrificar su dinero, y prefirió la conquista de Francia por los prusianos a su salvación por la revolución popular.

La cuestión entre los obreros de las ciudades y la burguesía fué claramente plan-

teada. Los obreros han dicho: haremos antes volar los edificios que entregar nuestras ciudades a los prusianos. Los burgueses respondieron: Abriremos más bien las puertas de nuestras ciudades a los prusianos, antes que permitirnos hacer desórdenes públicos, y queremos conservar nuestras queridas casas a todo precio, aunque debiésemos besar el trasero a los señores prusianos.

Y notad que son esos mismos burgueses los que se atreven hoy a insultar la Comuna de París, esa noble Comuna que salva el honor de Francia y, lo esperamos, al mismo tiempo la libertad del mundo; ¿en nombre de qué insultan hoy esos mismos burgueses? — ¡en nombre del patriotismo!

¡Verdaderamente los burgueses tienen una frente de bronce! Han llegado hasta un grado de infamia que les ha hecho perder hasta el último sentimiento de pudor. Ignoran la vergüenza. Antes de estar muertos, están ya completamente podridos.

Y no es sólo en Francia, compañeros, donde la burguesía está perdida, moral e intelectualmente aniquilada; sucede lo mismo en toda Europa, y en todos los países de Europa es el proletariado únicamente el que conservó el fuego sagrado. El sólo es el que lleva hoy la bandera de la humanidad.

¿Cuál es su divisa, su moral, su principio? La *solidaridad*. Todos para cada uno y cada uno para todos. Es la divisa y el principio de nuestra gran Asociación Internacional que, franqueando las fronteras de los Estados y por eso mismo destruyendo los Estados, tiende a unir a los trabajadores del mundo entero en una sola familia humana, sobre la base del trabajo igualmente obligatorio para todos y en nombre de la libertad de cada uno y de todos. Esta solidaridad en la economía social se llama trabajo y propiedad colectivos; en política se llama destrucción de los Estados y libertad de cada uno por la libertad de todos.

Si, queridos compañeros, vosotros, solidariamente con vuestros hermanos, los trabajadores del mundo entero, heredáis solos hoy la gran misión de la emancipación humana. Tenéis un coheredero, trabajador como vosotros, pero en peores condiciones que vosotros. Es el campesino. El campesino no tiene conciencia todavía de la gran misión popular. Ha sido envenenado y lo es hoy aun por los sacerdotes y sirve contra sí mismo de instrumento a la reacción. Debéis instruirlo, salvarlo a pesar de él, atrayéndole, explicándole lo que es la revolución social.

En este instante, y sobre todo al comienzo, los obreros de la industria no deben, no pueden contar más que consigo mismos. Pero si quieren serán omnipotentes. Y para realizar esa volición no tienen más que dos medios: Establecer, primero en sus grupos y luego entre todos los grupos, una verdadera solidaridad fraternal, no sólo en palabras sino también en actos, no sólo para los días de

fiesta, de discursos y de bebida, sino en la vida cotidiana. Cada miembro de la Internacional debe poder sentir, debe estar prácticamente convencido de que todos los otros miembros son sus hermanos.

El otro medio es la organización revolucionaria, la organización para la acción. Si las sublevaciones populares de Lyon, de Marsella y de las otras ciudades de Francia han fracasado, es porque no hay ninguna organización. Puedo hablar con pleno conocimiento de causa, puesto que estuve allí y he sufrido. Y si la Comuna de París se mantiene tan valientemente hoy, es porque durante todo el asedio los obreros se han organizado seriamente. No es sin razón que los periódicos burgueses acusan a la Internacional de haber producido esa sublevación magnífica de París. Si, digámoslo con altivez; son nuestros hermanos los internacionales quienes, por su trabajo perseverante han organizado al pueblo de París y han hecho posible la Comuna de París.

Seamos, pues, buenos hermanos, compañeros, y organicémonos. No creáis que estamos al fin de la revolución, estamos al principio. La revolución está de aquí en adelante a la orden del día por muchas decenas de años. Vendrá a nuestro encuentro, tarde o temprano; preparémosnos pues, purifiquémonos, hagámonos más realistas, menos discursivos, menos habladores, menos frasistas, menos bebedores, menos novilleros. Cifámonos y preparémosnos dignamente a esa lucha que debe salvar a todos los pueblos y emancipar finalmente a la humanidad.

¡Viva la revolución social! ¡Viva la Comuna de París!

Un gobierno, sea el que fuere, es una reunión de hombres que se han agrupado movidos de una ambición común, para oprimir a otros hombres más débiles y más torpes. Hay que llamar las cosas por su nombre. Tan nocivo es a la colectividad un gobierno despótico como otro constitucional; quizá éste más que aquél, puesto que los hombres que aynmas veces se sublevarán indignados por los excesos de un tirano, padecen con mayor resignación los excesos y tropelías que comete uno de esos gobiernos llamados democráticos.

No hay que pedir, pues, cambio de gobierno, sino la supresión de todos ellos.

J. SCHAEFFER.

Si volviera a tener hijos, los enviaría a la escuela de baile de mi preferencia, pero, de seguro, no a la universidad. En aquellas sólo se deforman las piernas, mientras que en la universidad es la cabeza la que sufre. — León Tolstoy —

La pasión de un revolucionario

(I)

(Grabados en madera por Frans Masereel)



Ah sacar el niño, la madre es echada de casa.



Sola en las calles de una ciudad moderna.



El niño entra a una fábrica a trabajar como un hombre



Despedido del trabajo y puesto de nuevo en medio de la calle.